Érase una vez una ciudad gris, gris como las cenizas. Villa General Montz lucía, sin mucho orgullo, un aire gastado, que solía ser una gran promesa antes de que lleguen las industrias al pueblo naciente, ubicado a un costado de la ruta. La sociedad misma se veía desgastada. Los que alcanzaron a escapar de allí alguna vez, ya no deseaban volver. Contaminación, delitos, estafas y alguna que otra injusticia más eran algo común por esos días.

Los que quedaban, en cambio, tenían la esperanza de volver a sentir esa paz y armonía que tanto caracterizó a la localidad alguna vez.

El viejo director del hospital, Marcos Brown, al terminar su cargo y comenzar a gozar de su jubilación, contempló por última vez ese gran terreno. Una gran idea se le ocurrió. Se ofreció como jardinero sin paga. Profesión que tuvo de niño. Tal vez esta podría ser su proeza final, otra oportunidad de ayudar a su gente. Decidió comenzar a sembrar plantas para darle más color a la entrada del edificio. Comenzaron por sembrar lavanda, violeta, albaca. Tréboles para los supersticiosos. Ruda, tornillo, salvia y romero. A las comidas le agregaban los sembrados del lugar. Es decir, verduras ricas y coloridas como espinaca, lechuga, cebolla, zanahoria y pimientos. Sumado a esto; ajo, menta, laurel, anís, malva, manzanilla, tilo, canela, perejil. Rosas, de todos los colores. Estas eran regaladas a los que salían de estar internados, que cada vez eran más. El número de sanados era mayor y cada día, entraban menos. La extensión de la huerta era imparable. Al fin fueron sanados. Para siempre. A pesar del enojo de farmacéuticos y grandes empresarios, que miraban con asco la gran extensión de la huerta y la felicidad de los huéspedes del lugar.